

Julio - Diciembre 2025



Vol. LIX - Núm. 2

ESTUDIOS TRINITARIOS

SALAMANCA

estudios trinitarios

Julio-Diciembre

2025

Vol. LIX - Núm. 2

SUMARIO

EDITORIAL	193-195
ESTUDIOS	
DI CIÓ, A. F., <i>La carne, el tiempo y las obras en los cánones de Nicea I. Una lectura a la luz del principio sacramental</i>	199-241
ARFUCH, D. E., <i>Explorando nuevos horizontes trinitarios: pistas para el estudio hagiográfico del «concilio niceno de los 318 santos padres»</i>	243-278
CLUR, E., <i>Mente patrística: la Trinidad de Basilio</i>	279-308
DELGADO, J. E., <i>Aspectos pneumatológicos de la predicación agustiniana en la vigilia de Pentecostés</i>	309-338
SERPE, V., <i>El Misterio de Dios en el pensamiento de Bernhard Welte: de la fenomenología de la religión a la experiencia existencial</i>	339-367
BIBLIOGRAFÍA	369-389

BIBLIOGRAFÍA

Béjar Bacas, José Serafín. *Cristología y donación. Ha aparecido la gracia de Dios*. Sal Terrae, Santander, 2024. 383 pp. ISBN: 978-84-293-3194-3.

La cristología española cuenta hoy con un volumen poco común por su densidad reflexiva, su ambición intelectual y su voluntad de interlocución filosófica: *Cristología y donación*, de Serafín Béjar. La obra, publicada en 2024, se sitúa deliberadamente entre el manual sistemático y el ensayo teológico, pero trasciende ambos formatos por la profundidad con que articula el dato revelado, el análisis fenomenológico y la sensibilidad pastoral. Se trata, ante todo, de una propuesta cristológica que quiere dialogar con las transformaciones epistemológicas contemporáneas y mostrar la fecundidad del cristianismo cuando se enuncia desde las categorías del presente.

El punto de partida del libro –expuesto con claridad en el prefacio– está constituido por cinco desplazamientos cruciales del pensamiento actual: del ser al aparecer, del sujeto constituyente al constituido, de la verdad como esencia a la verdad como desvelamiento, del alma hacia la carne, y de la apatía divina hacia la comprensión patética de Dios. Estos cambios no son meros fenómenos culturales: suponen



una crisis y a la vez una oportunidad hermenéutica. A juicio de Béjar Bacas, sólo una cristología que tome en serio estos giros y se abra a sus preguntas podrá ofrecer de forma inteligible la buena noticia cristiana. Aquí encuentra su lugar la fenomenología de Jean-Luc Marion, particularmente su teoría de la donación, adoptada como estructura conceptual y horizonte crítico para comprender el misterio de Cristo.

La obra, extensa pero cuidadosamente ordenada, avanza en dos partes implícitas. La primera expone la cristología siguiendo el ciclo marioniano de la donación: donación, donador, don y donatario. La segunda revisita los grandes núcleos cristológicos desde una fenomenología aplicada: muerte y resurrección, redención, dogma y libertad, hasta llegar a una reflexión sobre el poder divino. La elección metodológica no es menor: el autor no ofrece un tratado deducido desde conceptos metafísicos, sino una hermenéutica del acontecimiento Cristo como don –un fenómeno saturado, irreducible y desbordante–, accesible sólo desde las categorías de donación y recepción.

El primer capítulo sitúa la investigación en el marco de los estudios históricos sobre Jesús. Su propósito, más allá del recuento de la búsqueda del Jesús histórico, es mostrar la imposibilidad de separar acontecimiento e interpretación, hecho y sentido. A Jesús no se le puede despojar de su significación sin desvirtuar su realidad. Béjar Bacas propone, así, una cristología implícita en los textos, que recupere su potencia reveladora sin quedar presa del positivismo histórico.

Un segundo capítulo introduce la noción fenomenológica de “deuda” –desarrollada en Heidegger, Benjamin y Marion– como clave antropológica. Según el autor, el ser humano accede a la existencia en condición de deuda, rasgo que se manifiesta en la religiosidad veterotestamentaria, el templo y la ley. En este marco emerge la novedad de Cristo: la salvación es presentada no como un deber recíproco, sino como donación. Esta tesis es sugerente, aunque algunos lectores puedan pensar que la lectura de la deuda como

“verdadero pecado original” queda insinuada pero no tematizada plenamente. También se echa de menos un mayor desarrollo teológico del pecado original mismo como telón de fondo.

El libro alcanza profundidad original en su lectura del Reino desde la categoría de donación. Jesús aparece como anunciador y encarnación de una realidad que excede el mérito y la autoafirmación humana. En este marco, el Espíritu Santo es presentado como aquel que posibilita el “tiempo manifestativo”: la donación es el Espíritu; el don encarnado es el Hijo. Esta integración cristología-pneumatología es particularmente innovadora. Quizás el diálogo pneumatológico podía haberse extendido más –sobre todo en relación con la resurrección y la economía del Espíritu según los textos joánicos, paulinos y lucanos.

El capítulo sobre el Padre es una fenomenología de la paternidad divina: donación en retracción, manifestación en ocultamiento. Se trata de una lectura que relativiza el esencialismo metafísico –según el cual Dios es substancia a la que se atribuyen propiedades– para acentuar el dinamismo revelador y relacional.

A continuación, Béjar Bacas examina la identidad de Jesús como fenómeno saturado: su autoconciencia filial, sus gestos, sus comidas con pecadores y sus desafíos al sistema religioso. Los títulos cristológicos se interpretan como intentos de “dar nombre” a un acontecimiento que rebasa los marcos disponibles. Pero el análisis culmina con la figura del donatario: aquel que recibe el don sin poder devolverlo. Entre sus modalidades –el ingrato, el enemigo, el anónimo– sobresale la del “adonado”: el sujeto que, constituido por la donación, puede entrar en su lógica. Aquí aparece un concepto clave que acompañará las páginas siguientes: la persona cristiana es quien se recibe desde Otro y vive en abandono confiado –idea sugerente pero problemática cuando se la transfiere sin matices a la teología trinitaria–.

La muerte es examinada desde tres ángulos: hecho, sentido y verdad. Se recorren los procesos judiciales, el trasfondo preexistente y la cena como acto interpretativo del don; se analiza Getsemaní

como espacio de abandono y libertad. Sin embargo, podría haber explotado más los gestos eucarísticos como síntesis sacrificial de la donación.

La resurrección es presentada como revelación: fenómeno saturado de segundo grado, sólo accesible simbólicamente. El análisis de las apariciones y la corporalidad resucitada es delicado, evitando el literalismo y el espiritualismo. Esta sección representa uno de los logros del libro: el equilibrio entre rigor exegético y apertura teológica.

En la soteriología, Béjar Bacas recurre a la deuda para reinterpretar la redención hacia una gratuidad radical. Revisa críticamente las lecturas distorsionadas de san Anselmo, aunque algunos lectores puedan defender que esa crítica es ya habitual y podía haberse enriquecido dialogando con aportes españoles recientes.

Los capítulos sobre libertad y poder dialogan con la modernidad y constituyen una contribución notable. La libertad de Jesús ilustra un paradigma de sujeto constituido –no autosuficiente– que abre posibilidades para la teología espiritual y la antropología cristiana. El tratamiento del poder aborda la omnipotencia divina a la luz de discusiones medievales (Tomás, Escoto, Ockham) y concluye con tesis que iluminan los abusos y la autoridad eclesial. Aquí se aprecia la capacidad de Béjar Bacas para conectar sistemática, ética y praxis eclesial.

Cristología y donación es una obra estimulante. Es reseñable la claridad expositiva y sistemática, el diálogo interdisciplinar y la originalidad del vínculo cristología-pneumatología. Integra bibliografía selecta, dialoga con tradiciones diversas y arriesga teológicamente. Explora caminos nuevos, corre riesgos y abre debates, algo infrecuente en manuales teológicos. Su mérito principal reside en proponer un lenguaje cristológico trasladado a categorías fenomenológicas sin reducir la revelación a filosofía. Béjar Bacas utiliza a Marion críticamente y no convierte su esquema en un sistema totalizante –aunque su fidelidad constante a ese marco a veces parece limitar la libertad teológica, sobre todo cuando el ciclo de donación no capta toda la riqueza trinitaria–.

El epílogo deja abierta una incógnita prometedora: la promesa de una “sarcología”, una fenomenología de la carne del Hijo. Si *Cristología y donación* ha mostrado el valor del acontecimiento, su continuación podría ofrecer la concreción histórica y existencial de esa donación en la carne. No sólo se espera su publicación: se la desea para completar una propuesta que, más que cerrada, se muestra como itinerario.

En definitiva, *Cristología y donación* constituye uno de los intentos más sólidos y creativos de presentar hoy la fe cristológica. Su capacidad de síntesis, su diálogo con la filosofía contemporánea y su osadía hermenéutica lo convierten en un referente para la reflexión teológica en lengua española. Aporta una cristología capaz de decir algo nuevo sin traicionar lo recibido, y de escuchar al presente sin someterse a él. En tiempos en que la teología oscila entre manualismo repetitivo y ensayismo fragmentario, este libro encarna una vía media fértil: rigor, diálogo y contemplación. Deja abiertas preguntas necesarias –sobre la integración metafísica, sobre la pneumatología, sobre la Trinidad–, pero las instala donde deben estar: en el espacio de la reflexión eclesial y académica.

Si la donación es el hilo conductor del libro, tal vez su mayor don sea mostrar que sólo desde la experiencia de haber recibido –la existencia, la revelación, la salvación– puede la teología hablar con verdad. Y en ese sentido, *Cristología y donación* es, en sí misma, una donación para el pensamiento cristiano contemporáneo. [Manuel Porcel Moreno].

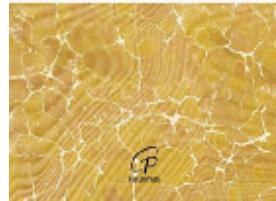
D'Andrea, Bruno Nicolás. *En el único Cristo somos uno. Espiritualidad agustiniana en el corazón de la vida*. Paulinas, Madrid, 2025. 294 pp. ISBN: 9788419408563

El 8 de mayo de 2025 fue elegido Pontífice de la Iglesia Católica el Card. Robert F. Prevost, convirtiéndose en el primer religioso agustino elegido para tal encomienda eclesial. El día 10 del mismo mes se publicaron su escudo y su lema, rezando este: “En el único Cristo, somos uno”, tomado de uno de los comentarios a los salmos del obispo e Hipona (*en. Ps. 127,3*) y pronunciado en un contexto en el que abogaba por la paz, anhelo tan de nuestros días. Pues bien, dicho lema se convierte en la excusa que origina la siguiente publicación. Como reconoce el autor en la introducción, dicha locución sugiere a la perfección la idea de proyecto vital, de itinerario espiritual que todo ser humano ha de recorrer, en el que el autor pretende introducir a todo lector que se acerque a estas páginas.

Escrito por un inquieto buscador y por un apasionado acompañante en los procesos formativos, no extraña que el hilo conductor de la obra gire, precisamente, en torno al proceso de búsqueda y peregrinación de todo creyente; y la temática transversal se compendie en el necesario acompañamiento que este requiere, a fin de transitar por las sendas verdaderas y no extraviarse por las tortuosas, que no sólo dificultan el peregrinaje existencial, sino que incluso lo frustran. Así, pues, nos hallamos ante un libro pensado para facilitar una exploración conjunta de la Verdad; un surcar juntos (muy en la tónica eclesial de la sinodalidad) los vericuetos de las inquietudes más profundas de nuestras personas, desarrollando el innegable valor de la amistad, tal como experimentó Agustín en su vida, hasta llegar a nuestra configuración con el Cristo total, sentido cierto de nuestro recurso vital.



«En el único Cristo somos uno»
Espiritualidad agustiniana
en el corazón de la vida



Este itinerario, por proseguir con la metáfora, se compone de tres jornadas. La primera (pp. 25-67), en la que me detengo más por abordar la temática trinitaria, rastrea los tres acompañantes que nos asisten en este caminar: el Padre, el Hijo y el Espíritu, si bien es verdad que quizá el nombre de acompañantes resulta en cierta medida circunstancial, pues no se destaca bien la trama narrativa coherente con esta denominación. Consciente de que se les ha criticado a los Padres el haberse centrado en demasía en la cuestión de la esencia trinitaria realzando poco la distinción personal, el autor destaca aquí cómo Agustín vive su fe trinitariamente, para lo que subraya la particularidad de cada persona trinitaria. De esta manera, desarrolla la figura del Padre, como no podía ser de otra manera, desde la paternidad; es decir, desde la experiencia de gratuidad y de donación vital, de la que derivan nuestras experiencias de filiación y de fraternidad. La referencia al Padre le sirve al autor para indicar también la teología espiritual que sustenta la oración del Padrenuestro y la experiencia bautismal. Por su parte, el Hijo se muestra, para Agustín, como el maestro y el mediador de esa vida generada por el Padre. De ahí los títulos cristológicos de mediador, maestro de humildad, médico humilde, maestro interior, camino, patria... El quicio de la reflexión cristológica lo sitúa el autor en la encarnación y le sirven estas páginas para desentrañar las virtudes, tanto divinas como humanas, de la humildad y de la misericordia. Finalmente, presenta el Espíritu como el vivificador por antonomasia; como don y como amor, siguiendo Rom 5,5; como agente activo que posibilita la realidad fiducial como don y contribuye a la unidad eclesial (*Communio*). Interesante resulta que inserte en esta tercera persona el pensamiento agustiniano de Dios como atractor del ser humano, destacando así la motivación interna de la búsqueda. Además, la lectura de estas páginas permite contrarrestar el espléndido aislamiento criticado por Rahner, dado que en Agustín la reflexión sobre la Trinidad no resulta ajena a la vida creyente.

La segunda jornada se hace eco de las recientes aportaciones de los agustinólogos de que la categoría de búsqueda recoge mejor

que la de conversión lo esencial de la espiritualidad del obispo de Hipona. Por ello, esta jornada se centra en esta realidad como aspecto omnipresente en la obra agustiniana y como vía de acceso inigualable a su experiencia espiritual. La búsqueda, asimismo, le da pie para desentrañar aspectos como la importancia del deseo en Agustín, el anhelo de felicidad que embriaga a todo ser humano, la realidad de la gracia, la confesión como alabanza... Todas ellas ponen de manifiesto la dosis escatológica del existir creyente. La última jornada desentraña algo tan agustiniano como plantear lo dicho ‘en el corazón de la vida’, con el consiguiente guiño a la interioridad. Una vez más, el autor sale al paso de la crítica de inoperatividad con la que se ha caracterizado al Hiponense en virtud de la dosis escatológica anteriormente mentada. Sin embargo, levantar los ojos al cielo, para Agustín, no implica desentenderse de la vida cotidiana. Hablaba de la palabra de Dios sabiendo conectar el mensaje bíblico con la vivencia comunitaria y su esperanza: la ciudad de Dios. En momentos de pesimismo y evasión, como el saco de Roma, se consolidó como un auténtico líder que leía los acontecimientos históricos y proponía a su comunidad un seguimiento encarnado. Esto es lo que desarrolla el autor en la mayor parte de su libro (pp. 113-276), sirviéndose en ocasiones de imágenes provocadoras, como la de la cuaresma y la pascua, con la que, amparado en la liturgia, evoca una manera concreta de asumir la vida en clave escatológica; o la relación de la amistad con el miedo, invitando a confiar en Dios y a erradicar el miedo para dar paso al amor, hallando en los amigos una gran arma contra esos miedos que nos cuesta asumir; o la del lavatorio de los pies, tan propio del ambrosiano rito bautismal, que desvela las auténticas claves del auténtico discípulo; o la figura del samaritano; o la espiritualidad agustiniana de la evangelización, escondida tras la dinámica de evangelizar y predicar en el camino...

En definitiva, este libro ofrece un buen compendio de lo que fue Agustín y de lo que fue su experiencia vital, expuestos en significativas imágenes que ayudan a divulgar su pensamiento y a formar en la espiritualidad agustiniana. Para no aburrir al lector, el autor reduce

al máximo el aparato crítico, centrándose sobre todo en escuchar al mismo obispo de Hipona, y ofrece al finalizar una bibliografía selecta con la que se pueden ampliar conocimientos. En este último apartado, no hubiera estado mal que se cuidaran las citas explícitas, completando las referencias de donde están tomadas (v.gr., pp. 54-55, nn. 67 y 70). Igualmente, algunas opciones, como emplear cf sin su correspondiente punto, resultan más que cuestionables. [Enrique Gómez García].

Vilas Boas, Susana y Marín Mena, Tomás (coords.). *Teología europea. Memoria, sentido, futuro*. PPC, Madrid, 2024. 463 pp. ISBN: 978-84-288-4173-3

Quizá el título de esta obra colectiva pueda resultar sorprendente; sin embargo, su pertinencia está plenamente justificada. La decolonización del saber, aplicada al ámbito teológico, ha logrado situar de manera seria la cuestión de la contextualidad como rasgo constitutivo de toda reflexión teológica, desmontando la idea de que una tradición particular –en este caso, la europea– pueda erigirse en paradigma perenne y absoluto para pensar a Dios y sobre Dios. En un escenario intelectual en el que han emergido con fuerza diversas teologías del Sur global, resulta legítimo que Europa vuelva la mirada hacia sí misma y que, así como se habla de teologías latinoamericanas, asiáticas, africanas o indígenas, se hable también de una teología europea: esto es, una reflexión producida en Europa, desde Europa y sobre las problemáticas que la atraviesan. Se hace necesario, por tanto, que la teología europea examine su propia identidad. En ello reside, a mi juicio, el gran acierto de la obra: haber planteado la cuestión de fondo e iniciado un camino de discernimiento que, confiamos, genere



abundantes frutos. Así lo expresa uno de sus coordinadores en la excelente presentación: «Memoria del pasado, sentido del presente, desafíos para el futuro. ¿De dónde venimos o por qué hacemos lo que hacemos?, ¿hacia dónde vamos o cómo preparar lo que venga?» (p. 11).

Conviene señalar, no obstante, que sólo tres contribuciones abordan explícitamente esta problemática y sugieren directrices orientadas a reconfigurar una reflexión teológica europea menos autorreferencial y menos inclinada a una postura de superioridad: la de M. Eckholt, *Memoria, reconciliación, esperanza: la teología al servicio de la paz y la formación de un ethos en Europa*; la de A. Palma, *La situación de la teología europea y los retos para su investigación científica*; y la de J. M. Duque, *Hacia una identidad descentrada de la teología europea*. El segundo de estos autores sostiene que la teología europea constituye una categoría aún subdesarrollada, en parte por la escasa autoconciencia de los propios teólogos europeos, quienes no logran distinguir entre el legado histórico y los juicios actuales sobre la situación eclesial y social. El tercero, por su parte, adopta una postura menos radical y reconoce al cristianismo europeo el mérito de haber contribuido a la “deconstrucción de un determinado paradigma en la concepción de la identidad” (p. 218), entendida esta última como no-identidad, como identidad más allá de la inmunidad, capaz de valorar las “singularidades diferentes” y de cuestionar “las propiedades identificadoras que han sido apropiadas” (p. 224). Este nuevo marco conceptual abre la puerta a una reflexión teológica posteurocéntrica y postantropocéntrica. Queda abierta al diálogo, además, la valoración que otro autor realiza respecto de las denominadas teologías regionales (pp. 297-300).

Como se ha insinuado, las diecisiete contribuciones de la obra se articulan en tres grandes secciones. La primera, *Europa, lugar de memoria*, subraya la profunda dependencia de la teología europea –desde mediados del siglo XX– respecto de la Shoah y Auschwitz, tal como señalaron en su día Metz o, en otro registro, Adorno, a quien remite el presentador del volumen. Desde este punto de partida, las aportaciones se orientan preferentemente hacia la consideración de las víctimas (T. J. Marín Mena), a la comprensión de la teología como

memoria passionis y a la formulación de parámetros para una teología que promueva una sociedad reconciliada y pacífica (M. Eckholt, S. Vilas Boas, V. Ferrer Usó, P. Pérez Espigares), hospitalaria (M. Eckholt, M. Porcel Moreno y M. Córdoba Salmerón) e inclusiva (V. Ferrer Usó). Se tiene en cuenta, además, la pluralidad cultural y lingüística de Europa y el fenómeno migratorio, que demanda estructuras de alteridad y procesos de interculturación. Esta sección insiste en la necesidad de configurar una nueva ética y nuevos parámetros sociales y políticos que hagan justicia a la diversidad cultural, social, política, religiosa y metodológica (S. Vilas Boas). Asimismo, en este ámbito de la memoria, se recupera la dimensión histórica de la labor teológica y se reivindica adecuadamente su depósito: la teología europea, quiera o no, mantiene siempre una deuda positiva con un pasado rico y plural. Su identidad, por tanto, no debe surgir *ex nihilo* ni encerrarse en lo ya dado, sino recrearlo, descubriendo en él indicios de futuridad que abran a la esperanza frente al miedo y la desconfianza que parecen caracterizar a un continente envejecido y, en cierto modo, anquilosado en sus estructuras y carente de dinamismo cultural.

La segunda sección, *Sentido de una teología europea, una ciencia en diálogo*, debería centrarse –al menos en principio– en la reflexión teológica derivada de los procesos de decolonización. No obstante, aunque algunas contribuciones avanzan en este sentido (A. Palma, J. M. Duque), el peso recae más bien en el estatuto científico y académico de la teología. De ahí la insistencia en su ubicación universitaria, en los desafíos académicos fundamentales, en la interdisciplinariedad (A. Palma y J. G. García Aiz), en la relación entre fe y razón (P. Blanco) y en el replanteamiento, notablemente atinado, del lugar de la metafísica en un contexto cultural líquido marcado por su eclipse (J. C. Sánchez-López). Aunque el presentador del volumen se refiere a fenómenos como la nueva secularización, la fragmentación y transformación de lo religioso y la decolonización, se echan de menos trabajos que profundicen directamente en estas cuestiones. Con todo, se abordan temáticas como la contextualidad, la tensión entre eclesialidad pastoral y rigor científico en la investigación teológica, el pluralismo

eclesial, las dialécticas entre verdad y libertad, entre Iglesias locales e Iglesia universal, la recuperación de la fe de los sencillos y del *sensus fidelium*, la crisis ecológica o el desafío tecnológico. En este recorrido destaca especialmente la reflexión sobre los “Cinco sentidos de la teología” (T. J. Marín Mena). Si en la primera sección se recurrió a la estética para iluminar el tema de la hospitalidad (M. Porcel y M. Córdoba), aquí se reivindica la importancia de los sentidos para ofrecer una comprensión orgánica de la teología que supere la simple conceptualidad racional e integre la “expresión obediencial (oído), conceptual (vista), corpóreo-espacial (tacto), litúrgica (olfato) y sapiencial (gusto)” (p. 288). Estas cinco dimensiones permiten delinear cinco rasgos del *logos* teológico europeo: la memoria de las víctimas, la autorreflexión teológica y el diálogo con la alteridad, la hospitalidad, la anticipación de la gloria y la humildad-caridad.

La tercera sección, *Desafíos actuales para la teología europea del futuro*, asume los retos previamente mencionados y se adentra en otros particularmente relevantes en la actualidad: la necesidad de repensar la sinodalidad desde el modelo trinitario de la “inclusión en Cristo”, lo que posibilita recuperar, desde una perspectiva más teologal, la eclesialidad de la mujer y la densidad cósmica de la creación (N. Martínez Gayol); la crisis de los abusos en la Iglesia, presentada como una crisis de carácter global que exige analizar la cultura eclesial vigente, reconocer la brecha entre teología afirmada y teología vivida y afrontar los problemas de asimetría y gobernanza eclesial (I. Angulo Ordorika); las teologías feministas, respecto de las cuales resultan discutibles algunas afirmaciones de las pp. 377-380 (A. M. Wozna); la crisis europea y la tecnocracia (A. Viñas Vera); o la cultura del desarraigo y del nihilismo, donde se propone –quizá de manera excesivamente apologética– interpretar el cristianismo como “única posibilidad de poder salir del desarraigo espiritual” (p. 409), con el riesgo añadido de confundir cristianismo y catolicismo (P. Sánchez Romero). Cierra este apartado una reflexión sobre la espiritualidad de la amistad social, inspirada en el pensamiento de M. Delbrél (M. López Villanueva).

En definitiva, cabe agradecer nuevamente el planteamiento de la problemática, el desarrollo del proyecto, la riqueza de las aportaciones, el cuidado editorial y el deseo explícito de que la insistencia en la identidad de la teología europea no caiga en el olvido. [Enrique Gómez García].

Torralba, Francesc. *Bienaventuranzas para agnósticos*. Fragmenta Editorial, Barcelona, 2024. 327 pp. ISBN: 978-84-10188-55-6

Hace ya siglos que la carta encontró su lugar entre los géneros literarios, y varias décadas desde que, con naturalidad, se la ha convertido también en espacio para la reflexión teológica. En el ambiente que suscita la obra que comentamos, resulta casi inevitable evocar la *Carta a un amigo agnóstico* de González Faus (1990), un intento de diálogo que, sin embargo, no obtuvo respuesta. Torralba vuelve ahora a ese formato íntimo y directo para reconstruir, a través de un intercambio epistolar con un antiguo compañero de escuela –Guillem–, una conversación que había permanecido en silencio cuarenta años. La cena de antiguos alumnos reabre un vínculo que sirve, esta vez, como pretexto para un diálogo sostenido a distancia: un diálogo que, sin disimular tensiones y desencuentros, se atreve a poner en común las intuiciones de la fe y las reservas del agnosticismo en torno a un mismo núcleo: las bienaventuranzas, tantas veces definidas como “quintaesencia del evangelio” (Camacho), “evangelio dentro del evangelio” (Flecha) o incluso “corazón de la fe” y “esencia de toda civilización posible” (Torralba).



El título del libro no oculta lo que ofrece: un comentario a las nueve bienaventuranzas tal como aparecen en Mateo. Torralba lo declara explícitamente: opta por este texto, y no por el de Lucas ni por el eco apocalíptico que algún lector podría esperar. Lo novedoso no es tanto la exégesis –que aparece, pero en su justa medida– como la voluntad de escuchar lo que las bienaventuranzas pueden suscitar en un lector no creyente, o no necesariamente movido por la fe cristiana. Esta elección desplaza el texto evangélico del territorio estrictamente confesional y lo sitúa en un espacio más amplio, más permeable, donde el sentido puede ser buscado por cualquiera que se acerque a él con honestidad intelectual. El autor parece convencido de que, en ese suelo común, las palabras de Jesús pueden adquirir una sorprendente universalidad, siempre que el lector mantenga vivo ese deseo de comprender que, para Torralba, constituye un signo inequívoco de humanidad (p. 72).

Pero antes de entrar en el comentario de cada bienaventuranza, el autor dedica casi la mitad del volumen a crear el clima epistolar donde estas reflexiones germinan. Son páginas que funcionan como un pequeño tratado de cultura espiritual y, en cierto modo, como un ensayo de introducción a la fe desde sus zonas más vulnerables: la identidad personal, la ligereza y el escepticismo que a veces la acompañan, el peso de las convicciones, el carácter existencial de creer, la imagen de un Dios personal, la esperanza como virtud, el viejo dilema de la teodicea, el sufrimiento de Dios, las dificultades del lenguaje religioso, las proyecciones antropomórficas, el misterio de la encarnación, la empatía divina, el Reino, el alma, la resurrección, el infierno, la experiencia interior, la culpa, las éticas de mínimos y de máximos, la autonomía moral en un ambiente religioso, la sobreabundancia ética del mensaje de Jesús, la conciencia, la libertad, la iniciación cristiana, la opción vital por Jesús, el lugar del placer, la sociedad del consumo, la civilización de la pobreza, la lógica del don, la gratuidad, la vida eterna, la relación entre fe y ciencia, la trascendencia inmanente, el perdón, la reconciliación, el cristianismo como algo más que filantropía, el profetismo, la secularización, el

“resto” que permanece... Esta constelación de temas revela, además de la erudición del autor, su deseo de recorrer el territorio espiritual desde dentro, sin renunciar a ninguna de sus aristas.

Ahora bien, en su tentativa de adoptar la perspectiva del interlocutor agnóstico, Torralba no siempre logra desprenderse del magnetismo de su propia convicción creyente. En ocasiones, el lector podría percibir cierta inclinación a atraer al otro hacia su propio horizonte –el deseo de “sumar adeptos a tu tribu”, dice el narrador con ironía–, lo cual dificulta una verdadera polifonía discursiva. Con todo, este límite no empaña la riqueza de la propuesta. El lector se encontrará acompañado en la exploración de sus propias preguntas, quizás incluso fortalecido en sus convicciones, pero sin que la duda –esa compañera inseparable de la fe– se disuelva del todo. No sería extraño que algunos se descubrieran, casi sin advertirlo, en la figura del “cristiano anónimo” que defiende causas profundamente evangélicas sin compartir la fe en la divinidad de Jesús ni participar de los sacramentos (p. 302).

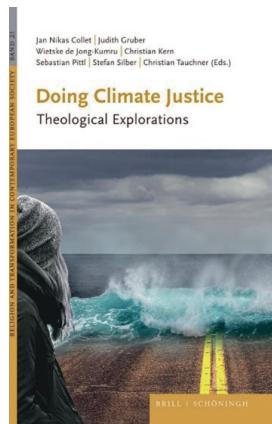
El volumen concluye con una bibliografía básica de treinta y cuatro títulos en diversas lenguas. Aunque no pretende ser exhaustiva, deja un cierto hueco: uno echa en falta nombres que, por su hondura o por su proximidad temática, podrían haber enriquecido el horizonte del lector –González-Carvajal, Camacho, Maggi, Paoli, Schweitzer, Lambrecht, Pikaza, Bartolomé, Silva Retamales, Chércoles, Mejía, entre otros–. Aun con todo, Torralba abre una senda: la de un diálogo honesto entre la fe y la sospecha, entre la tradición y la experiencia contemporánea, entre la confianza y la duda que, quizá, sigue siendo el espacio más fecundo de la espiritualidad humana. [Enrique Gómez García].

Collet, Jan Niklas; Gruber, Judith; de Jong-Kumru, Wietske; Kern, Christian; Pittl, Sebastian; Silver, Stefan; y Tauchner, Christian (eds.). *Doing Climate Justice. Theological Explorations*. Brill, Paderborn, 2022. 277 pp. ISBN: 978-3-506-79531-1.

La crisis climática que atraviesa el planeta no puede reducirse a un debate ideológico ni a una mera disputa entre posturas políticas. Se trata de una realidad tangible, con consecuencias concretas que afectan de manera especialmente dura a las comunidades más vulnerables, cuyas voces suelen quedar fuera de los espacios donde se toman las decisiones que determinan su futuro. La gravedad de esta situación ha despertado la atención de múltiples disciplinas, y también ha entrado de lleno en el ámbito académico y teológico. El libro que aquí se reseña es un ejemplo de ello: fruto de un seminario interdisciplinar celebrado en octubre de 2020 en la ciudad de Lovaina, reúne las reflexiones de un grupo de investigadores de distintas procedencias y campos de estudio en torno a una cuestión esencial: cómo hacer posible la justicia climática en las sociedades contemporáneas y cuál puede ser la contribución específica de la teología en esa tarea.

La publicación sigue la estructura lógica del propio seminario, del que surgen los textos revisados y ampliados que componen la obra. Su planteamiento combina una orientación práctica con un enfoque analítico y constructivo. El libro no se limita a teorizar sobre el cambio climático, sino que busca ofrecer herramientas conceptuales y ejemplos concretos que permitan pensar cómo integrar la preocupación por el clima en los debates éticos, sociales y religiosos.

En total, la obra está compuesta por quince capítulos. Tras una sección introductoria que funciona como punto de partida,



se suceden tres grandes partes en las que se articulan los distintos enfoques propuestos. Los tres primeros capítulos, que conforman la introducción, tienen la función de situar al lector en el marco general del concepto de justicia climática y mostrar algunas experiencias concretas donde esta se pone en práctica o se ve desafiada.

El texto inicial, elaborado por Christian Kern, ofrece una aproximación conceptual a la idea de justicia climática. Su análisis se basa en los principales documentos internacionales sobre políticas medioambientales, en los que el uso de este término aparece con significados múltiples y cambiantes. Aun reconociendo esta diversidad de matices, Kern identifica una serie de elementos comunes que permiten definir los ejes centrales del concepto: la responsabilidad, la capacidad de acción, la vulnerabilidad, la visibilidad y los derechos humanos. Estos componentes, presentes de manera recurrente en las declaraciones y acuerdos internacionales, revelan la complejidad moral y política de las decisiones que afectan al clima.

El segundo y el tercer capítulo ofrecen una mirada más situada, centrada en casos concretos donde comunidades afectadas por el deterioro ambiental han articulado formas de resistencia. Benedikt Kern examina una iniciativa ecuménica desarrollada en una cuenca minera del oeste de Alemania. Inspirándose en la teología de la liberación y en particular en las ideas de Alberto da Silva Moreira, interpreta la espiritualidad no sólo como un espacio de paz o contemplación, sino también como un ámbito donde tiene cabida la indignación y la lucha frente a las injusticias estructurales. La espiritualidad, en este sentido, se presenta como una forma de autenticidad que abarca toda la vida, incluso en los momentos de conflicto y protesta.

El capítulo siguiente, escrito por María Fernanda Herrar Palomo, traslada la atención al contexto latinoamericano. En la región de La Guajira, al norte de Colombia, el pueblo indígena Wayúu mantiene un enfrentamiento con empresas energéticas occidentales por la explotación de una mina de carbón. A partir de este caso, la autora muestra cómo las cosmovisiones locales y las creencias culturales

condicionan no sólo las relaciones sociales, sino también el modo en que las comunidades se vinculan con la naturaleza. Su análisis sugiere que la comprensión de la justicia climática debe incluir la dimensión cultural y espiritual de los pueblos que habitan los territorios en disputa.

La primera gran parte del libro, tras la introducción, reúne cinco capítulos dedicados a los marcos teóricos y epistemológicos que sustentan la reflexión sobre la justicia climática. En ellos se abordan cuestiones que van desde los desafíos ideológicos actuales hasta la necesidad de repensar la relación entre teología y ciencia. Elizabeth Pyne abre esta sección advirtiendo sobre la aparición de movimientos de extrema derecha que adoptan discursos ecologistas. Estas corrientes, cada vez más visibles en Europa y Estados Unidos, combinan el negacionismo climático con un fuerte componente identitario y xenófobo. Pyne sostiene que esta convergencia plantea un serio desafío para la reflexión teológica, pues obliga a examinar críticamente cómo ciertos discursos religiosos pueden ser apropiados por ideologías excluyentes. La autora propone que las teologías comprometidas con la justicia climática deben enfrentarse de manera directa a las formas de supremacismo y sus expresiones ecológicas.

En otro de los capítulos, Irmgard Christine Klein presenta los resultados de su trabajo con mujeres campesinas y ancianas de Bolivia. A través del diálogo con ellas, la autora se aproxima a una forma de sabiduría práctica que configura una ecoteología distinta de la racionalista y abstracta propia de la academia occidental. Las experiencias y valores expresados por estas mujeres revelan una espiritualidad encarnada, centrada en la relación con la tierra y la comunidad, que ofrece claves para repensar la teología desde perspectivas no eurocéntricas.

Por su parte, Sibylle Trawöger propone incorporar a la teología de la creación los conocimientos científicos más recientes. Su estudio se detiene en el microbioma –las comunidades de microorganismos que habitan en los ecosistemas– y en la problemática de los microplásticos. A partir de estos temas, invita a reconsiderar el antropocentrismo

dominante y a desarrollar ontologías relacionales que sitúen la sostenibilidad en el corazón de la reflexión teológica.

El capítulo de Daniel P. Horan se inscribe en la línea de la teoría decolonial aplicada a la teología. Su propuesta cuestiona las estructuras epistemológicas occidentales que han condicionado el pensamiento religioso y propone una mirada crítica y, a la vez, constructiva. Para Horan, incluir a los animales no humanos como sujetos teológicos constituye un modo de resistencia frente a las visiones antropocéntricas del mundo. De esta manera, su trabajo contribuye a ampliar el horizonte de la teología hacia una comprensión más inclusiva de la creación.

Cierra esta sección el aporte de Michael Nausner, quien sugiere pensar la ecoteología desde la clave de la participación mutua entre los seres. Inspirándose en la teología indígena de los pueblos escandinavos, en la carta sobre el clima de los obispos de Suecia y en las enseñanzas del magisterio papal, propone dejar atrás el paradigma de la “administración” humana sobre la naturaleza. En su lugar, plantea reconocer la voz propia de la creación y comprender al ser humano como parte de una red de relaciones interdependientes.

La segunda parte del libro aborda la cuestión desde una perspectiva práctica y analiza distintos campos de conflicto y acción. Sebastian Salaske-Lentern abre esta sección reflexionando sobre los límites. Frente a la tendencia dominante que confía en la tecnología como solución al cambio climático, el autor recuerda que las restricciones y las limitaciones pueden tener un valor liberador. Siguiendo las propuestas de la teología de la liberación y del papa Francisco, sostiene que una vida económicamente más austera no implica necesariamente una disminución en la calidad de vida, sino que puede generar una existencia más justa y sostenible.

Claudia Gärtner, en el capítulo siguiente, explora la relación entre la educación para el desarrollo sostenible y la educación religiosa. Su análisis pone de relieve los dilemas y puntos ciegos ideológicos que surgen cuando ambas áreas se cruzan, y propone estrategias

pedagógicas que integren los valores ecológicos dentro de la formación religiosa, superando tensiones políticas y culturales.

El último texto de esta sección, firmado por Petr Jandejsek, parte de una serie de trabajos realizados por estudiantes checos de teología y trabajo social durante la primavera de 2020. A partir de sus reflexiones, el autor analiza cómo la experiencia de la pandemia de la COVID-19 pudo convertirse en un detonante de cambios profundos en la manera de concebir la protección del medio ambiente y la responsabilidad colectiva ante la crisis climática.

Los cuatro capítulos finales se agrupan en torno a la noción de esperanza, entendida como horizonte necesario para sostener la acción ante la crisis ecológica. Susana Vilas Boas abre esta última parte proponiendo una “ecología de la esperanza”, inspirada en la idea de ecología integral del papa Francisco. La autora argumenta que la justicia climática no se mide únicamente por las acciones que realizamos, sino por el modo en que comprendemos nuestra humanidad. Desarrollar una ecología de la esperanza implica emprender un proceso de humanización que transforme las relaciones con Dios, con los otros y con la creación.

Gregor Taxacher retoma la tradición apocalíptica bíblica como fuente de una teología política para el presente. En su lectura, el Apocalipsis ofrece una visión que se mueve entre el optimismo y la esperanza activa, invitando a discernir la posibilidad de un futuro distinto incluso en medio del desastre ecológico.

Los dos últimos capítulos son resultado de trabajos colectivos. El primero revisita el pensamiento bíblico y patrístico sobre la relación del ser humano con la tierra para cuestionar las concepciones de propiedad y soberanía que legitiman la explotación indiscriminada de los recursos naturales. Finalmente, los editores del volumen cierran la obra recuperando la tradición de las teologías de la liberación para reflexionar, desde ella, sobre las múltiples dimensiones de la justicia climática.

El conjunto del libro constituye una contribución imprescindible para quienes buscan comprender cómo el pensamiento teológico puede dialogar con la crisis ambiental contemporánea. Sus páginas muestran que la preocupación por el clima no es ajena a la reflexión religiosa, sino un terreno donde convergen ética, espiritualidad, ciencia y acción social. El resultado es una obra coral, diversa y rigurosa, que invita a repensar la justicia climática como una tarea compartida entre la fe, la razón y la esperanza. [Iainire Angulo Ordorika].

